

—Mira por el camino y dime, ¿alcanzas a ver a alguno de los dos mensajeros? —pidió el rey.

—No... a nadie —declaró Alicia.

—¡Cómo me gustaría a mí tener tanta vista —exclamó quejumbroso el rey—. ¡Ser capaz de ver a Nadie! ¡Y a esa distancia! Con esta luz, yo hago bastante viendo a alguien.

Al rato, llegó el mensajero.

—¿Te encontraste con alguien por el camino? —le preguntó el rey.

—A nadie —reveló el mensajero.

—Eso cuadra perfectamente —asintió el rey—, pues esta jovencita también vio a Nadie. Así que, naturalmente, Nadie puede andar más despacio que tú.

—¡Hago lo que puedo! —se defendió el mensajero, malhumorado—. ¡Estoy seguro de que nadie anda más rápido que yo!

—Eso no puede ser —contradijo el rey— pues, de lo contrario, habría llegado aquí antes que tú.